Juan Antonio era consistente con esas ideas. Poco después de su muerte, se reunió en el IESE la VI Promoción del Programa Master, a la que yo pertenezco, para celebrar su 25 aniversario. Él había tenido con nuestra promoción una relación intensa, ya que le tuvimos como profesor en varias asignaturas, y actuó formalmente como director de estudios de algunos alumnos, entre los que tuve la suerte de contarme. Pero el comentario que estaba en todas las bocas, en dicha celebración, era la cantidad de contactos de todo tipo que tuvimos con él, dentro y fuera del IESE. Formalmente, y como profesor, corrección de informes escritos y discusiones posteriores (que le ocupaban una ingente cantidad de tiempo), consejos en lo que se refería a nuestra actuación en el Programa Master. Informalmente, hacía de director de estudios de los 32 alumnos que componíamos la promoción, organizaba tertulias los viernes por la noche, íbamos a cenar a casa de alguno, teníamos alguna salida algún domingo, y siempre completa disponibilidad en el despacho para comentar cualquier tipo de problema, fuera profesional y relacionado con el Programa Master o no. La amistad que decía que había que tener, la ayuda a evaluar correctamente las decisiones, el ejemplo, los aplicó con una coherencia envidiable. Haríamos bien en tratar de estudiar lo que pensaba, y en seguir este ejemplo.

Referencias:

Pérez López, Juan Antonio (1991), «El desarrollo de capacidades personales y su conexión con la misión del IESE», documento inédito elaborado para el Programa Master del IESE.

Pérez López, Juan Antonio (1995), «Teoría de la acción: un intento de síntesis entre humanismo, ciencia y tecnología», lección magistral en la Colación del Grado Master en Filosofía de la Acción Directiva.

Simon, Herbert (1967), «The Business School: A Problem in Organizational Design», *Journal of Management Studies*, nº 4, págs. 1-16.

JUAN ANTONIO PÉREZ LÓPEZ COMO HUMANISTA

Alejandro Llano
Profesor Ordinario
Universidad de Navarra

Estaba yo dedicado unas semanas a investigar en la Universidad de Münster y allí, al norte de Westfalia, me llegó como por azar la noticia de la muerte del profesor Juan Antonio Pérez López. Cuando se experimenta un dolor muy fuerte, todas las demás circunstancias se convierten en dolores añadidos. En mi caso, se trataba sobre todo del cerco del idioma; aunque he vivido en Alemania más tiempo que en ningún otro país, salvo España; aunque le haya dedicado miles de horas de estudio, lectura y conversación, el alemán sigue siendo para mi un enigma; no apto, desde luego, para hablar de sentimientos llenos de matices y derivaciones. Creo que –sin dramatizar– me encontraba en una situación próxima al "desconsuelo". No podía hablar de algo que me encogía el alma. Sólo me cabía entonces bucear en el hondón de la memoria y rescatar recuerdos que a veces sosiegan y otras hieren.

Conocí a Juan Antonio en octubre de 1960. Tanto él como yo, junto con otros treinta o cuarenta estudiantes universitarios y jóvenes profesionales, nos encontrábamos en un Colegio Mayor situado en Diego de León, 14, esquina Lagasca. Casi todos íbamos a iniciar los Estudios Institucionales de Filosofía y Teología que se piden a los miembros numerarios del Opus Dei, y que se realizan sin abandonar el propio trabajo habitual. Para mí, aquellas asignaturas iniciales de Filosofía eran algo así como "miel sobre hojuelas", ya que empezaba entonces mis estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense.

Lo que es la inexperiencia. Quienes estudiábamos en la Facultad de Filosofía mirábamos con cierto aire de superioridad a los futuros ingenieros, geólogos, economistas y demás gentes que se movían –si acaso– entre el primer y segundo grado de abstracción. Pero el caso de Juan Antonio era aún peor: trabajaba en una empresa, y eso debía estar –según una expresión que años después le oí al profesor Polo– en el grado de abstracción menos uno. Nieto, hijo y hermano de empresarios, me consideraba yo –a mis diecisiete

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

años– como un "huido" del mundo de los negocios, que por cierto, no han dejado de amenazarme desde entonces. Debe ser eso que ahora llaman "genoma".

Estudiábamos sobre todo a Aristóteles y Tomás de Aquino en sus fuentes originales, e íbamos conociendo la filosofía moderna –Descartes, Kant, Hegel– con bastante profundidad. Los que queríamos fijar bien los conceptos y asimilar la tradición de la filosofía "perenne" teníamos a mano varios ejemplares de un mamotreto de dos volúmenes, sin apenas márgenes y escrito en un latín centroeuropeo y telegráfico por un señor llamado Josephus Gredt, y titulado «Elementa Philosophiae Aristotelico Thomistica». Era "el Gredt"; quien se lo sabía, sabía filosofía clásica.

Por aquel entonces, yo pasaba por ser "el primero" de una clase de doscientos o trescientos estudiantes. Donde nunca fui "el primero" –si hubiera tenido sentido hablar así– es en Diego de León. Porque el único que lo entendía todo, desde las clases para principiantes hasta las más sutiles cláusulas del Gredt, era Juan Antonio Pérez López, una de las personas más inteligentes que he encontrado en mi vida. ¿Cómo es posible –me preguntaba yo– que un señor de Salamanca, de faz inequívocamente celtibérica, cuya incipiente calvicie denunciaba que estaba más cerca de los treinta que de los veinte; cómo es posible que una persona así, que probablemente no había estudiado filosofía en toda su vida, ya no tan corta, volara a una altura inalcanzable para mí, entonces y probablemente ahora?

Como yo sabía que estudiar filosofía equivalía a renunciar a las vanidades de este mundo y jugárselo todo a la carta de la verdad, conseguí dejar de lado mis renuencias para ponerme a la rueda de José Antonio. Casi todas las tardes nos reuníamos tres o cuatro participantes con Pérez López, y leíamos la latina prosa, sintética y abstrusa del bueno de Gredt (o cualquier texto clásico o moderno). Si era día de fiesta, podíamos estar tres o cuatro horas sin parar, mientras Juan Antonio quizá se fumara un puro y alguien tuviera a mano algún licor ligero que animaba en la tarea. Los "días de cada día" no nos conformábamos con menos de una o dos horas. Allí vi yo lo que podríamos llamar el "humanismo de Pérez López", y que era previo a cualquiera de sus manifestaciones eruditas. Tenía estas dos notas: 1– Se preocupaba activamente de los demás, especialmente de los jóvenes; y 2– nos dedicaba generosamente una gran parte de su tiempo. Después he pensado muchas veces que estas dos cualidades se encuentran en la raíz del trabajo en equipo; y como es tan raro encontrar personas que las tengan, resulta tan difícil el diálogo interdisciplinar.

Juan Antonio era un gran universitario, con una visión innovadora y ambiciosa de los estudios superiores. Ya entonces, a comienzos de los sesenta, fui testigo de que, en una España en la que no abundaban los libros, Juan Antonio –además de muchas matemáticas, que era lo "suyo"– sabía física, historia, astronomía, psicología, literatura y biología.

¡Eso era lo que yo buscaba sin saberlo! La unidad de los saberes frente al especialismo de aquellos que Ortega llamaba "nuevos bárbaros", para quienes la unidad orgánica y fecunda del árbol de la ciencia no pasa de ser una metáfora vacía de sentido. Más tarde me enteré que aquella fragmentación del conocimiento era relativamente reciente y tenía que ver con lo que Max Weber llamaba "politeísmo de los valores", tierra fértil para ese tipo de "especialistas sin alma, vividores sin corazón", que hoy, treinta y siete años después de aquella "primera navegación", parece que lo llena casi todo.

Pero el humanismo de Juan Antonio tenía raíces más hondas aún. Era un hombre cabal, un hombre bueno; nunca le vi mentir ni hablar mal de los ausentes, ni aprovecharse de cualquier ventaja que pudiera tener. Era una persona de una ética intachable y profundamente religiosa. Durante aquellos dos años en Diego de León, le dimos un repaso serio al espíritu del Opus Dei. Y lo primero que aprendimos (o recordamos) fue que la unidad de vida es la característica decisiva de un espíritu que empuja a santificar el trabajo ordinario y servir a los compañeros de labor. ¿Cómo no relacionar esta insistencia en la unidad vital con aquello que después se llamaría "interdisciplinaridad"?

Habent sua fata libelli, decían los clásicos. Y no sólo son los libros los que tienen una suerte o un destino. Aunque cada uno avanzara por senderos apenas marcados, resultó bastante congruente que algunos de aquellos "visionarios" acabáramos en la Universidad de Navarra, cuya primera misión consiste precisamente en la realización de una nueva síntesis de los saberes. «Donde comiences, allí permanecerás», escribió Hölderlin. En la batalla seguimos; y Juan Antonio, que ha cruzado ya la línea que separa la revocabilidad de la irrevocabilidad, no se nos fue con las manos vacías. Otros colegas hablarán hoy de su trabajo en el IESE, al que se entregó de lleno, con gran exigencia, dirigida en primer lugar a sí mismo. Y no buscó los foros internacionales en los que podría alcanzar más prestigio, sino que acudió a lugares aparentemente menos importantes, en donde, sin embargo, se producía la fascinante fulguración de la enseñanza y el aprendizaje.

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Pero siempre hay personas inteligentes que detectan de inmediato a los que están a su nivel. Corrían ya los años setenta cuando el Instituto Juan Pablo II para la Familia organizó un gran simposio sobre ética, al que invitaron a los mejores pensadores cristianos del momento. Allí estaba, lógicamente, la profesora Elisabeth Anscombe, que muchos consideramos como el mejor filósofo vivo y, en todo caso, es como un clásico que anda por la calle. La profesora de la Universidad de Cambridge es poco dada al halago, una ama de casa más bien implacable en sus juicios. Por eso le pregunté con cierto temor quién le había parecido el mejor filósofo de los doscientos reunidos en Roma. Ella, en cambio, no vaciló: el profesor Pérez López –contestó inmediatamente–.

Juan Antonio ya estaba en sazón. Su humanismo, inicialmente abierto a todas las aportaciones, se iba plasmando en una "teoría de la acción" que representaba el núcleo de su visión de la empresa y de la entera sociedad. Y esta teoría de la acción empezó a desplegarse cuando tal tipo de investigaciones no estaba aún de moda (nunca vi, por cierto, a Juan Antonio que concediera ninguna importancia a "lo que se lleva"). El profesor Pérez López era perfectamente consciente de que la teoría de la acción es la forma como habrán de madurar y decantarse las ciencias sociales: economía, sociología, psicología del comportamiento, etc.

La gran ventaja de Pérez López sobre las grandes figuras de las ciencias humanas es que Juan Antonio *sabía* lo que era la acción humana; si se sabe eso, casi no se necesita nada más. Y, si no se sabe, casi todo lo restante está de más.

El panorama que a la gente de letras nos trazaba Juan Antonio apelaba, efectivamente, a una síntesis nueva, que ya no podía prescindir de estas nuevas ciencias humanas y que había de ser decididamente interdisciplinar.

Y de esta matriz con aportaciones de tantos otros –presentes hoy aquí la mayoría surgieron aventuras como el Instituto Empresa y Humanismo o el Doctorado en Filosofía y Acción directiva. Juan Antonio disfrutó mucho y sufrió mucho con las posibilidades y dificultades de llevar a la práctica una ideas que van muy por delante de su tiempo.

Pero el humanismo de Pérez López no se agota ni se centra en estas incursiones, sino que se desarrolló en el IESE, institución de la que fue Director General y a la que nos consta que quería con toda el alma.

«Ya estamos maduros para el adiós», me dijo hace años un joven amigo que iba a entrar en una desigual batalla en la que –afirmó– le esperaba una muerte segura. Yo traté vanamente de animarle y consolarle, pero él, que lógicamente conocía su país mejor que yo, se limitó a sonreír enigmáticamente y a darme un último abrazo de despedida. Cuando, al cabo de pocos meses, me llegó la noticia cierta de su muerte en combate, yo pensé: "no estoy maduro para el adiós".

Es lo mismo que me pasó este otoño con el fallecimiento de mi compañero del alma, Ricardo Yepes Stork, y lo que me sucede ahora cuando recordamos la muerte totalmente inesperada de Juan Antonio, como postrer homenaje al que fue puntal del IESE, un miembro cabal de la Universidad de Navarra, un humanista lleno de humanidad. Para tales adioses, yo no estoy preparado. Siento que –en tono menor– se repite lo que dice la Sagrada Escritura a los Santos Inocentes: que las madres no admiten consuelo, porque sus hijos ya no existen.

La sensación, casi física, de hueco, de vacío, de ausencia, tiene mal arreglo de tejas para abajo. Los católicos creemos en la inmortalidad del alma y en la resurrección de la carne. Juan Antonio creía en esta escatología cristiana con tanta fuerza –al menos– como cualquiera de nosotros y, desde luego, con más imaginación. Por eso, al finalizar estas palabras, lo que aparece ante mí es su sonrisa socarrona, como diciéndome: «Hombre, no te pongas tan serio».

Y yo le contesto y termino con una expresión que le oí muchas veces en vida: «Que Dios te lo pague».

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei